

La toxicomanía y el gozar

«Nuestra droga nacional es el alcohol. Tendemos a considerar el uso de cualquier otra droga con especial horror».

"El almuerzo desnudo (Naked lunch)" Williams Burroughs (1959)

Diego Moreira

Resumen

Este trabajo investiga la toxicomanía considerada como un estancamiento de la pulsión con un destino específico. Se parte de un interrogante: ¿Cuáles son las características del goce en las toxicomanías, sus variedades y determinantes? El autor examina: el sujeto adicto y el goce, la toxicomanía como un quitapenas, como una suplencia del Nombre-del-Padre (sinthome). Se concluye indagando un deseo sacrificial y un goce en la llamada inmortalidad o falta real.

Palabras clave: toxicomanía, goce, suplencia del Nombre-del-Padre

Summary

This paper investigates the drug addiction considered as a stagnation of the drive with a specific destination. It starts with a question: What are the characteristics of addiction enjoyment, their varieties and determinants? The author examines the addicted individual and enjoyment, drug addiction as a "quitapenas", as a substitution of the Name-of-the-Father (sinthome). we conclude investigating a sacrificial desire and enjoyment in the so-called immortality or real lack.

Keywords: addiction, enjoy, substitution of the Name-of-the-Father

Resumo

Este artículo investiga a droga considera um estancamento da pulsão para um destino específico. Ele começa com uma pergunta: ¿Quais são as características o gozo Addiction, suas variedades e determinantes? O autor examina: o indivíduo adicto e prazer, a toxicodpendência como uma quitapenas, como uma substituição do Nome-do-Pai (sinthoma). Concluimos investigando um desejo sacrificial e gozo em o chamado imortalidade ou falta real.

Palavras-chave: dependência de drogas, gozo, substituição do Nome-do-Pai

Palabras preliminares

Los esclarecimientos obtenidos en el quehacer clínico, junto con la extensión y aplicación del psicoanálisis a otros ámbitos como la literatura, la filosofía, la lógica, la lingüística, y la antropología, nos permiten considerar y leer la toxicomanía como efecto de ciertas tramitaciones del *trieb* freudiano, que se constituyen precisamente en un eje de las intelecciones a realizar por el psicoanálisis.

En este contexto, voy a partir de un interrogante fundamental: ¿Cuáles son las características del goce en las toxicomanías, sus variedades y determinantes?

Esta pregunta nos exige su diferenciación de acuerdo a determinados elementos y/o categorías, de los cuales voy a tomar sólo algunas cuestiones. Así, en las páginas siguientes voy a colocar en serie: el sujeto adicto y el goce en su valor cuantitativo, la toxicomanía como un quitapenas, como una tesis de ruptura, como una suplencia del Nombre-del-Padre (sinthome). Su singular enlace con un deseo sacrificial y el goce en la denominada inmortalidad o falta real.

Sujeto y goce cuantitativo

La "Resolución de Frankfurt de Ciudades Europeas sobre política de drogas" de 1990, es reducible a una frase tan consabida por todos que casi es innecesaria: el fracaso de la

sociedad de consumo ante la ingesta y el abastecimiento de sustancias¹. A esa "Resolución, p. 18" pertenece el siguiente párrafo: "(...) *El intento de eliminar tanto el suministro como el consumo de drogas en nuestra sociedad ha fracasado. La demanda de drogas continúa al día de hoy, a pesar de todos los esfuerzos educativos, y todo indica que tendremos que seguir conviviendo con la existencia de drogas y consumidores de drogas en el futuro*".

Pero, ¿este fracaso era inevitable? O la adicción de masas, ¿es una situación lógica e inherente a la sociedad de consumo?

Considero que la mera razón especuladora ha constituido a la comunidad internacional y a la globalización en un gran casino, en el cual es imprescindible especular, ganar o perder (endeudarse). Este casino que se configura como un mercado único de los goces, es decir, de placeres sufrientes, está inmerso en un tiempo sin historia, en un tiempo vacío, fugaz y acelerado, sólo ocupado por números, cantidades, frivolidades y un sujeto contable.

En este contexto, la esencia de la sociedad de consumo depende, en suma, de las generaciones de hombres que consumen sus mercancías. La droga, y ya desde la invasión europea de América, se ha constituido en una mercancía presente en la acumulación primitiva de capitales y desde luego, en los atesoramientos posteriores, vinculados al plus valor, identificado estrechamente con un plus de gozar.²

Recordemos que los conquistadores encontraron que los tesoros de indoamérica no eran sólo de minerales como el oro y la plata, sino también, botánicos como el tabaco (Quechua: sayri), y la coca (Quechua: kuka).

¹ El término sustancia debe ser considerado como valor y/o estimación de algo (RAE, 2001).

² Milton Friedman, premio nobel de economía, hacia 1991, en una entrevista llevada a cabo en el Foro Americano sobre Drogas, sostuvo que "si se observa la guerra contra las drogas (se refiere al gobierno de Estados Unidos) desde un punto de vista puramente económico, el papel del gobierno es proteger al cartel de las drogas. Esta es la realidad, literalmente". En un libre mercado normal hay miles de importadores y exportadores. Cualquiera puede entrar en el negocio. Pero es muy difícil que un pequeño empresario pueda dedicarse al negocio de importación de drogas, porque nuestros esfuerzos por impedirlo esencialmente lo hacen enormemente costoso. Así que la única gente que puede sobrevivir en ese negocio es ese tipo de gente como el cartel de Medellín, que tienen suficiente dinero como para tener flotas de aviones, métodos sofisticados y cosas así. Además de eso, al no permitir esos productores y arrestar, por ejemplo, a los cultivadores locales de marihuana, el Gobierno mantiene alto el precio de esos productos. ¿Qué más querría un monopolista? Tiene un gobierno que se lo pone muy difícil a todos sus competidores y mantiene alto el precio de sus productos. Es como estar en el cielo". Friedman consideró que en la actualidad acontece algo similar a la época de la prohibición del alcohol. (Zaiat, 2009)

En todos los casos esta lógica requiere necesariamente de niños, mujeres, hombres y familias desnutridas, enfermas y/o traumatizadas por los diversos genocidios acaecidos en nuestro devenir histórico. Hay aquí, en estas desestimaciones un singular anudamiento para una neurosis traumática (de guerra) colectiva en términos freudianos o al llamado trastorno por estrés postraumático de acuerdo al DSM IV y V, que afectó y aún afecta a un sector importante de la comunidad indoamericana. Ante lo cual se apela a un singular quitapenas que procura aliviar el sufrimiento: el alcohol y la droga.

Ante el consumo de las denominadas sustancias psicoactivas (SPA), la sociedad, sólo pudo y puede dar dos respuestas que lo perpetúan: una, la prohibición, y otra, la medicalización, ambas convergen y se constituyen en los discursos dominantes. En los últimos años han cobrado valor otras dos respuestas, la denominada regulación responsable por parte del estado, y la regulación (irresponsable) por parte de un mercado sujeto al ideal numérico de la pura ganancia y el endeudamiento. Apelando a recursos transgénicos aportados por la biotecnología. Así, algunas empresas multinacionales procuran la generación de semillas transgénicas de marihuana, con el objetivo de monopolizar su producción y comercialización.

Pero, vayamos a las dos primeras respuestas. El paradigma prohibicionista, según el “Diario de sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación” de marzo de 1989, considera que “el adicto suele ser un medio de difusión del vicio” (Del latín vitium. Hábito de obrar mal. RAE, 2011), “a quien no se le puede dar ventajas”. Por lo tanto, es necesario proteger a la comunidad de uno de los más “terribles azotes” que atentan contra la salud pública. Pero, ¿cómo operaría este flagelo? Un grupo de especialistas de la Organización Mundial de la Salud, en 1957, explicó que actúa por “contagio psíquico”.³ Entonces, como se trata de una enfermedad contagiosa, se transpone el método epidemiológico correspondiente, se legisla y procede en consecuencia.

Por su parte, la medicalización se basa en un criterio médico-epidemiológico, por el cual las toxicomanías son el resultado de la articulación de tres factores: a] el agente, b] el huésped y c] el medio en el que se desarrollan. La droga cumple la función de agente, el consumidor es el huésped y el contexto familiar, social, económico y cultural conforma el medio.

³ Del lat. contagiosus. 1. adj. Dicho de una enfermedad: que se pega y comunica por contagio. RAE, 2011

En este contexto, los tratamientos procuran que el toxicómano deje de consumir, no tenga recaídas, y pueda recuperar con éxito su vida. La adicción es considerada una enfermedad compleja, que altera no sólo el comportamiento, sino también el funcionamiento del cerebro. Se suele recurrir a terapias conductuales y a la medicación como relevo de la droga. Así, por ejemplo, para las sustancias opioides, la buprenorfina y la metadona; para el tabaco bupropión y vareniclina; y para el alcohol disulfiram, entre otras.

Henri Lavoit, fundador de la psicofarmacología, afirmó: “*¿Por qué estamos contentos de tener psicotrópicos? Porque la sociedad en que vivimos es insoportable. La gente ya no puede dormir, está angustiada, tiene necesidad de ser tranquilizada, sobre todo en las megápolis. A veces me reprochan haber inventado la camisa química (...) Pero, sin los psicotrópicos, se hubiera producido tal vez una revolución en la conciencia humana que clamara: Esto no se soporta más! Mientras, seguimos soportando gracias a los psicotrópicos*”. (Roudinesco, E., 2000, p. 23)

Para estos discursos dominantes, la droga es la que genera daño [dependencia y deterioro físico, psíquico y social], y en ese sentido se comporta como un virus que ataca y destruye el organismo. Esta misma concepción piensa al adicto como esencialmente adicto. Esta esencia se incluye en su organismo y condiciones biológicas. También, los medios masivos de comunicación y las estrategias políticas y discursivas de diferentes modalidades de la salud pública, suelen ocuparse de la droga como si se tratase de un problema ligado a minorías sociales y étnicas [villeros, inmigrantes y/o extranjeros] o a determinados momentos anímicos como la adolescencia y la adultez joven.

Todos estos posicionamientos ante lo tóxico, implican y derivan en políticas, y formas de discriminación y exclusión social, en las cuales el semejante imaginario se constituye como responsable absoluto.

Sin embargo, es necesario precisar que no es en la farmacología de las drogas donde se encuentra el fundamento de las adicciones, ni tampoco en una supuesta esencia adictiva, ni en minorías sociales y/o étnicas, o en ciertos momentos del desarrollo, sino en la supresión de la subjetividad, mediante la implantación y prevalencia de ciertos goces, que son exóticos, sucesivos y que no sirven para nada. Goces que no son ajenos a un mercado único que consume a sus propios sujetos. Por eso la prohibición, la medicalización, incluso la legalización, son meras expresiones de la razón especuladora

de nuestra sociedad basada en el endeudamiento y las ganancias. De allí el fracaso de sus políticas.

En este contexto otorgo valor y preferencia a la descripción de la estasis libidinal, a su tiempo de constitución, a las determinantes psicológicas, a la supresión del sujeto, y al goce cínico propio de las toxicomanías.

El quitapenas freudiano

Para Freud [1930a] la ingesta adictiva, es el método o recurso (quita-penas) más descarnado y efectivo con que se cuenta para aliviar el sufrimiento del cuerpo propio.

Pero este método, tiene para el psicoanálisis sólo un valor descriptivo o fenomenológico, en tanto remite a una intoxicación previa del sujeto (endógena), por recursos libidinales derivados de un esfuerzo pulsional particular de carácter autoerótico.

En la carta 79 que Freud (1950a) le envía a su amigo Fliess afirma que la masturbación es la adicción primordial y que como relevos de esta aparecen las otras grandes adicciones como el tabaquismo y el alcoholismo. A este núcleo autoerótico se le adjunta un interlocutor delirante [como tramitación de un deseo homosexual (Freud, 1911c)] o provisto de argumentos alucinatorios que ejerce su vasallaje. Dicho de otra manera, la adicción a la ingesta o relevos es sólo una manifestación o exteriorización de cierta tramitación pulsional, que puedo especificar en un fragmento autoerótico [goce], acompañado de pánico hipocondríaco y otro psicótico conformado por delirios y/o alucinaciones.

La toxicomanía como tesis de ruptura

En la concepción del psicoanálisis, la toxicomanía no se constituye como un síntoma freudiano (en tanto habla), ni tampoco es una estructura, es decir, no es una articulación significativa como tal. Más bien se trata de un acto que sustituye o releva a la palabra en su dimensión simbólica. Implica una elección narcisística de acuerdo a lo que salió de uno mismo (identificación y goce narcisista).

Este acto se puede enlazar a cualquiera de las diversas estructuras, a saber: neurosis, perversión, psicosis (y psicosis no desencadenadas u ordinarias). En los textos de Lacan

sólo aparecen unas pocas referencias sobre la droga, entre ellas, una tesis de ruptura, expresada en la clausura de la jornada de carteles de la E.F.P (1975): La droga, se constituye como la única manera de romper el matrimonio del cuerpo con el pequeño-hace pipí. Se trata de una ruptura con el llamado goce fálico, con un goce que de alguna manera está ligado a la palabra.

Por el contrario, el goce en la toxicomanía, es del orden de un goce cínico que rechaza toda dimensión del Otro. En este sentido la adicción no se constituye como una formación de compromiso al estilo del síntoma de Freud, sino como una formación de ruptura [Laurent, 1999].

Entonces de lo que se trata es del goce y de su tratamiento. Del goce como satisfacción de la pulsión o querencia, para lo cual es necesario considerar una escala que en su dialéctica va más allá de la familia, la metáfora paterna y el posicionamiento edípico. (Lacan, 1969/70).

En este contexto el acto de la ingesta adquiere el valor de un *farmakon*, es decir de aquello que los griegos caracterizaban por ser a la vez remedio y veneno. El privilegio de un aspecto o del otro depende del sujeto (Derrida, 1968). Así, el acto de tomar la cicuta de Sócrates se transforma, como resultado del logos socrático y de la fundamentación filosófica del Fedón de Platón, en recurso de liberación y salvación.

La toxicomanía, la suplencia del Nombre-del-Padre (Sinthome) y el suplemento.

Ahora, voy a intercalar dos modalidades de la toxicomanía, cuyos rasgos no son circunstanciales. Una que se despliega por vía de la suplencia (desestimación del afecto) y otra, por vía del suplemento (desmentida de un juicio). (Le Poulichet, 1987)

Comencemos por la ingesta que se realiza vía suplencia. En el Seminario XXIII, Lacan (1975/76), al ocuparse de Joyce, nos dice que "El Retrato del artista", tendría que llamarse más bien "Un retrato del artista", poniendo especial énfasis en la contracción gramatical "del", dado que el artista es él, el único y no hay otro.

En tanto fracasa, en velocidad de vértigo, la constitución del Nombre-del-Padre se genera un pasaje a ser Padre de un Nombre: "Artista", para cuya construcción se apela a una elección narcisística singular, vía identificación, acorde con lo que salió de uno mismo.

Ahora bien, la suplencia del Nombre-del-Padre opera, como un rasgo que distingue al sujeto del inconsciente. El Nombre así establecido suple la función fallida del significante que denominamos Nombre-del-Padre.

En este contexto, es notorio que la droga se puede constituir en suplencia de un Otro y no como un mero artilugio enunciativo, sino que de alguna manera garantiza la funcionalidad del cuerpo y de lo anímico. Se recurre a la ingesta cuando cobra valor un goce voluptuoso no acotado por la palabra y ni por catáfilas imaginarias.

La función de la toxicomanía implica acotar la intrusión o la mirada del Otro, donde las aberturas del cuerpo (zonas erógenas) no admiten su cierre. Uno de los extremos de la ingesta, se enlaza a una retracción casi autista, en un esfuerzo por generar un borde que implique una diferencia. Aquí es necesario precisar que el recurso a la ingesta en su valor de suplencia del Nombre-del-Padre (forclusión de sentido) no siempre pone en evidencia un proceso psicótico, en ocasiones la alteración de la función paterna es puntual, de manera que se constituye una particular modalidad de goce, un goce que no responde a la eficacia de lo simbólico. La suplencia es lo que posibilita el vivir al generar una específica organización del goce.

Un deseo sacrificial

En "*Despertar de primavera*" Frank Wedekind, hacia 1891, incluye páginas de misterioso y trágico renombre que involucran a tres personajes adolescentes: Wendla, Mauricio y Melchor. Los tres presentan salidas imperfectas. De ellos, sólo uno se sustrae al intenso goce en la muerte.

Intercalo aquí el argumento: Wendla, de 14 años, muere desangrada al consumir con exceso abortivos suministrados por la madre y una monja. Nos encontramos con un acto mortífero que implica la consumación de un deseo sacrificial y suicida, dicho de otra manera, un goce en dejarse morir, a la manera de la propuesta teórica de Freud (1923g). Allí, afirma el autor del psicoanálisis que vivir implica sentirse amado, y que cuando surge una amenaza desde el mundo exterior y/o del superyó el sujeto puede abandonarse y dejarse morir. (Maldavsky, 1996)

Mauricio alcoholizado concluye su vida con un tiro en la cabeza. Así, satisface y sin demasiada agitación su propia venganza. Aunque en verdad, es en la carencia del Otro, donde el sujeto responde al deseo de los padres con su propia desaparición.

Hay un cuarto personaje que regula y frena el goce mortífero sustrayendo a Melchor del deseo suicida. Es un Enmascarado, que prescinde de la necesidad de hacerse reconocer, lo que le confiere mayor autonomía e independencia. Su presencia, vinculada a la ausencia de un nombre propio, denota la instauración de un discurso enmascarado, encubierto. Aquí otra vez, enlazado a una versión del padre.

Entonces, Wendla ha persistido y queda atrapada en el goce en dejarse morir. ¿Pero, a qué nos referimos con el término goce? Se trata del nombre con el cual Lacan designa un concepto presente en la obra de Freud, que implica la satisfacción pulsional. Precisamente en el *Seminario VII* Lacan (1959/60) conceptualiza el goce como satisfacción de la pulsión. Con este término el autor retoma la economía energética freudiana, y la deriva según Rabinovich (1992) en una economía política de la distribución de un goce que varía según la estructura del discurso.

«*Despertar de Primavera*», subtítulo de Wedekind como «*Drama en tres actos*», admitió en el curso de la historia otros títulos. Recuerdo con singular nitidez dos de ellos: “*Tragedia infantil*”, y “*Tragedia de la adolescencia extraviada*”. El primer título es más adecuado en veracidad y delimitación que los otros. “Despertar” es de una intención enlazada al mover o experimentar un deseo; “primavera” es una titulación temporal: primer verdor. Ambas cercanas al acaecer del *trieb* freudiano. Los otros títulos no persistieron en el tiempo.

Wedekind ejercía en el arte una agudeza exacerbada y sin igual, de manera que tanto Freud como Lacan se ocuparon de su obra. Freud, en el encuentro del 13 de febrero de 1907, cuyas actas fueron publicadas en “*Las reuniones de los miércoles*”, Tomo I. (Numberg H. Federn E., 1979). Mientras que Lacan (1993), en una nota del mismo nombre publicada en “*Intervenciones y textos II*”.

Pero ¿qué se juega en estos trágicos y mortíferos destinos?

Se despliega, lo que Freud (1901b, p.10), “*Psicopatología de la vida cotidiana*”, apoyándose en el análisis del olvido del nombre del Maestro Signorelli, llamó las “cosas últimas” de la vida, me refiero a sexualidad y muerte. Signorelli era el autor de los frescos de Orvieto: Las cuatro «cosas últimas», la Muerte, el Enjuiciamiento, el Cielo y el Infierno.

Lacan (1993) nos advierte en 1974 que el pensar de los muchachos sobre hacer el amor con las muchachas, requiere del despertar de sus sueños. Los argumentos que luego despliega con relación al muchacho y a la muchacha están articulados con el precepto a veces ignorado, “no hay relación sexual” propuesto a partir de Radiofonía y televisión.

Este juicio es una manera de nombrar lo real que corresponde a la praxis psicoanalítica. Hacia 1977/78, Lacan en "Momento de concluir" matiza la sexualidad con una catáfila fantasmática: Así, afirma que no hay relación sexual, salvo entre fantasmas.

Sexualidad e inmortalidad

Partimos de un interrogante del proceder común: ¿Cómo ser inmortales? ¿Cómo no morir? Esta pregunta es propia de la adolescencia. Pero, ¿podemos saberlo, aún con la más constante y refinada reflexión? Es imposible, pero la contestación y el desconsuelo de todos modos se enlazan a la sexualidad.

Es precisamente, la sexualidad en el sujeto la que introduce el morir singular, pero no un morir ajeno al estilo de los procesos vinculados a la pesadilla, que incluye la precipitación en el acto, sino un morir acorde a la manera propia, mediante rodeos que posibilitan el despertar de los argumentos oníricos.

Por el contrario, lo que se pretende en Wendla y Mauricio a través de la renuncia a la sexualidad, exigida por los padres, los profesores y el contexto social, es la inmortalidad. Vía desestimación o forclusión (verwerfung) de la sexualidad (ser asexual), ya que la sexualidad acota la inmortalidad y posibilita un morir a la manera propia.

En "Más allá del principio del placer", Freud (1920g) recupera para fundamentar su pulsión (querencia) de muerte, a un biólogo alemán de apellido Weismann. Este autor postula una teoría injustamente olvidada por la ciencia, pero no por el psicoanálisis, aunque retomada a partir de la década del noventa. En esta teoría se afirma que los organismos unicelulares al estilo de la ameba, si el medio es el adecuado, son inmortales. Se dividen generando dos organismos iguales que conservan la vida, misteriosamente no mueren.

Pero, se pregunta Weismann ¿cuándo aparece la muerte? A partir de la inquietante sexualidad, que implica una fusión y un intercambio de diferentes organismos. Aunque, y es atinado decirlo, no necesariamente incluye el proceso de reproducción.

Esta fusión e intercambio se encuentra en el fundamento de la sexualidad, posibilitando un incremento de la diferenciación. Así, una parte del organismo se especializa en la

reproducción, y otra, pierde esta función. En términos de Weismann, se discierne el plasma germinal y el plasma somático.

Luego se revela que los plasmas germinales desprendidos de los somáticos se fusionan, generando un nuevo individuo; mientras que el plasma somático está destinado a morir mediante un programa preestablecido llamado apoptosis por la biología (diferente a la necrosis).

Al respecto, Freud (1920g) afirma refiriéndose a Weismann: *"A este investigador se debe la diferenciación de la sustancia viva en una mitad mortal y una inmortal. La mortal es el cuerpo en sentido estricto el soma; sólo ella está sujeta a la muerte natural. Pero las células germinales son en potencia inmortales, en cuanto son capaces, bajo ciertas condiciones favorables de desarrollarse en un nuevo individuo (dicho de otro modo: de rodearse de un nuevo soma)"*.⁴

El individuo que se constituye lo hace de una manera parasitaria y es totalmente diferente a la sustancia que hace de fundamento a la vida y que es imperecedera. Pregunta Lacan (1953/54, p. 187) en el Seminario I, clase del 24 de marzo de 1954: *¿Cuál es la función de lo individual en la propagación de la vida? "Desde el punto de vista de la especie, los individuos están-si cabe decirlo así-ya muertos. Un individuo no es nada comparado con la sustancia inmortal oculta en su seno, que es sustancialmente, lo que existe como vida."*

El individuo es conducido por lo sexual a propagar lo inmortal que se encuentra incluido en el plasma germinal. El individuo no sólo es mortal, sino que no tiene porvenir.

La pérdida de la inmortalidad, vinculada a la sexualidad es la falta real que Lacan (1964) trabaja en el Seminario XI, Clase del 27 de mayo. Esta falta real se constituye en el advenimiento del ser viviente, enlazado a la reproducción sexuada. Al quedar sujeto a lo sexual queda subordinado a la muerte individual.

En este contexto, el sujeto no busca su complemento sexual (lo femenino-masculino), sino aquello que fue una parte de sí mismo, pero que ha quedado para siempre perdido, es decir, lo inmortal.

Ahora, al preguntarse por las tramitaciones de la pulsión de muerte dirigida al mundo exterior o al propio yo, Freud dice que es hora de que cambiemos el viejo apotegma que

⁴ Lacan (1964) afirma con relación a la investigación: *"En lo que a mí respecta, nunca me he considerado un investigador. Como dijo una vez Picasso, para gran escándalo de quienes lo rodeaban: no busco, encuentro."*

afirma "si quieres la paz prepárate para la guerra", por otro, que debería decir: "si quieres la paz prepárate para la muerte". Porque sólo si renunciamos a la inmortalidad que procura duración y nos preparamos para la muerte es que podemos resignar la violencia.

Empero y retomando "Despertar de primavera" el contexto familiar y social de Wendla y de Melchor en su austeridad extrema y lo terrible de su desdicha no podían prepararse para la muerte.

¿Por qué? Constelaciones de inmortales pretensiones lo impedían. La inmortalidad es incompatible con la sexualidad. Había como un saber que esa sexualidad los iba a llevar a pensar acerca de la propia muerte. Por el contrario, Melchor sostenido por el Enmascarado pudo pensar acerca de la sexualidad y lo implacable de la muerte, y así, al anticiparse, sustraerse de ella desde una posición de renuncia a la satisfacción, es decir, una posición ética.

Despertar al estilo de una pesadilla

Mauricio, al inicio del Segundo Acto, se encuentra en el cuarto de Melchor, ambos sentados en un sofá. Mauricio afirma que durante la clase de griego ha dormido como el borracho Polifemo. Al despertar, su primera preocupación fueron los verbos, luego, mientras tomaba el desayuno y en el camino a la escuela, los conjugó "hasta perder el sentido [...] Poco después de las tres debía de estar completamente loco. La pluma dejó caer-un borrón sobre el libro. Aún humeaba la lámpara cuando Matilde me despertó [...]". Luego afirma: "Quiero trabajar y trabajar hasta que se me salten los ojos." Considera que si le va mal, al padre le daría un ataque y a la madre la internarían en un manicomio. Antes del examen le pidió a Dios que lo hiciera enfermar de tuberculosis.

Aquí, se trata de un despertar al estilo de una pesadilla, es decir, de una "ruptura de los límites del infierno" en términos de Borges, que involucra un morir a la manera ajena vía forclusión de sentido.

Finalmente, la ingesta que se despliega vía el suplemento, procura sostener una función del yo de placer purificado mediante, el recurso de la desmentida (Verleugnung). Hay un cuestionamiento del orden fálico, sin forclusión del Nombre-del-Padre, que se basa en un desgarramiento de la estructura del yo.

En tanto suplemento, el montaje adictivo, se constituye como un modo de lograr una "prótesis narcisista". Con la particularidad de que estos sujetos no ponen en duda ni la existencia del Otro, ni la de ellos mismos, pero que sí están desgarrados por la hiancia que separa el yo real (al decir freudiano) del Ideal.

En su función la toxicomanía procura sostener una "impostura" (estructural) que fracasa. A la vez que mitiga el dolor del no ser. La droga se instaure como un suplemento imaginario que posibilita sostener la insignia del falo y un reconocimiento, al precio de congelar el propio deseo.

Lo insostenible aquí no es la amenaza de la invasión del Otro y el aniquilamiento subjetivo, sino la castración. De ahí que muchas veces el recurso "salvador" precipite a pasajes de "hacerse daño", "hacerse un resto" o caer en "el intenso placer de no ser nada".

La toxicomanía también es utilizada como un quitapenas para melancólicos. Esto último dice de la dificultad frecuente en los adictos, de trabajos y elaboraciones de duelos que parecen imposibles de realizar. Así, la adicción es conservadora en un doble aspecto: de una imagen yoica (valorizada y anhelada por perdida) y del objeto al que no puede renunciar. Simulacro de la muerte, o simulacro en la locura, para protegerse de la castración. El acto del toxicómano aparece también como una promesa de salir de un vacío, de una envoltura cerrada de nada en que se ha transformado el sujeto por su identificación con el objeto perdido.

En el trabajo con la castración y sus juicios, el neurótico utiliza con frecuencia montajes y argumentos adictivos con un valor transgresivo. Así, un muchacho de 18 años decía "fumé (marihuana) en casa y nadie se dio cuenta". Típica escena donde alguien, ubicado en el lugar de Otro, resulta miope, cómplice o impotente. Para cumplir con los requisitos ese Otro engañado debe ocupar un lugar simbólico y sostener un juicio de existencia: los padres, los profesores, los analistas.

En la perversión propiamente dicha, en cambio y ya para concluir, la transgresión mantiene una doble ilusión: se sabe sobre el goce y no se acepta la hiancia respecto del Ideal. La droga sirve aquí para sostener esa creencia y algo más, es un modo de hacerse cada vez mejor instrumento de esa escena en que se dirime la repetición del acto. Le sirve para cumplir mejor el papel de "*regisseur*" y de instrumento principal en la representación perversa donde el *partenaire* neurótico será el encargado de soportar la angustia y su condición de sujeto escindido. Elude la castración al precio de desconocer

su deseo y el sometimiento a una adecuación fálica: el de ser un instrumento del Otro del goce.

Bibliografía

Burroughs, W. (1989) El almuerzo desnudo. Ed. Anagrama.

Derrida, J. (1968). La pharmacie de Platon, Tel Quel. Nro. 32 y 33, 23

Diccionario de la Lengua Española. Real Academia Española. Espasa Calpe. 2011.

D.S.M. IV [1995] Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales. Masson Ed.- 1999

D.S.M. V [2014] Guía de consulta de los criterios diagnósticos del DSM V. Asociación Americana de Psiquiatría.

Jornada de Carteles de la Escuela Freudiana de París (1975) Lettres de l'École freudienne, 1976, n°18.

Freud, S. (1911c [1910]). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Demente paranoide) Descrito autobiográficamente. Obras Completas. Vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1920g). Más allá del principio del placer. Obras Completas. Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud S. (1930a) El malestar en la cultura - AE. - Vol.-21

Freud, S. (1950a [1892-1899]). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. En *Obras completas* (Vol. I). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Lacan, J. (1953/54). Seminario I. Los escritos técnicos de Freud. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1964) Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires. Paidós.

Lacan, J. (1969/70). El Seminario XVII. El revés del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós, 1993.

Lacan, J. (1993). Intervenciones y Textos II. Buenos Aires: Manantial.

Laurent E. [1999] Hay un fin de análisis para los niños. Colección Diva. Bs. As.

Maldavsky, D. (1996). Linajes abúlicos. Buenos Aires: Paidós.

Wedekind, F. (1991). Despertar de primavera. Buenos Aires: Quetzal S. A.

Roudinesco, E. (2000) ¿Por qué el psicoanálisis? Paidós, Buenos Aires, 2000.